

En la Isla, al mes . . . 2'50 ptas.
Resto de España, al mes . . . 2'50 »
Extranjero, al año . . . 50'00 »
Número suelto . . . 15 céntimos
Número atrasado . . . 20 »

Anuncios: PAGO ANTICIPADO

EL BIEN PÚBLICO

PORTAVOZ DE LA FEDERACION LOCAL DE SOCIEDADES OBRERAS (U. G. T.)
Y DE LA AGRUPACION SOCIALISTA

Redacción y Administración:
Rampa Abundancia, 30
Teléfono 84

Telegramas: «BIEN» MAHON

No se devuelven los originales

Año LXIII.

Mahón, jueves 18 de Febrero de 1937

Núm. 19156

!!! Ejército regular, disciplina, un solo mando !!! Son las armas con las que el heroísmo de nuestros gloriosos y abnegados combatientes, libertará a la noble España

Por qué queremos la unificación

Sentimos como el que más pueda sentirlo un deseo fervoroso de llegar a la unificación de los Sindicatos obreros por estimar que la fuerza creadora que atesoran en sí mismo es, en el presente y en el futuro, el único instrumento capaz de poder articular debidamente la sociedad futura del socialismo.

Precisamente por sentir con fuerza no superada por nadie estas ansias nobilísimas de unificación del proletariado mundial, es por lo que hemos procurado ajustar nuestras palabras a los perfiles severos y disciplinados de nuestra conducta personal, única manera de que los camaradas todos comprendan la necesidad imperiosa de llegar a la unificación de los trabajadores.

¿Qué ambición ideal puede fundir en una sola la voluntad de los trabajadores españoles unidos? La respuesta a esta interrogante es clara y concreta. España, en virtud de una subversión militar que ha destruido totalmente el falso prestigio del orden burgués, y por tanto la economía capitalista, necesita en los actuales momentos unificar los esfuerzos de todos los trabajadores conscientes para prestarle al Gobierno legal de la República su máxima solidaridad que tendrá como base rendir moral y materialmente una ayuda eficaz para vencer y triunfar sobre el fascismo, pero solidaridad que ha de alcanzar en los problemas de retaguardia un perfil muy severo, ya que en la retaguardia también se está forjando la victoria y con ella el instrumento de trabajo adecuado para ganar la guerra y triunfar después en nuestra revolución.

Sin disciplina, sin sometimiento absoluto de las gentes a las órdenes emanadas del Gobierno legal de la República peligra nuestra victoria y peligra más aún el triunfo de nuestra revolución.

No se puede tolerar que un hombre o un grupo de hombres, por considerarse a sí mismo con autoridad suficiente para controlar a su manera las órdenes del mando militar y cumplimentarlas después si las estiman, o no justas, se corra el peligro de que el adversario nos pille discutiendo lo que no se tiene autoridad para discutir y se perjudique con estas discusiones la causa de la revolución.

La República tiene un Gobierno. En ese Gobierno están representadas todas las fuerzas antifascistas, pues ante el Gobierno es a donde deben llegar todas las proposiciones, todas las iniciativas que tiendan a mejorar la acción del Poder público, pero nunca, jamás, se puede tolerar que un Comité, llámese como se llame, impida que se conviertan en realidad las órdenes dictadas por el Gobierno.

Hay un ministro de la Guerra responsable. Este, a ordenar. Los mandos de las milicias, los comisarios políticos, todos los milicianos están obligados, por un imperativo irrecusable del deber, a obedecer sin discusión las órdenes dictadas por el ministro de la Guerra. Si esto se hace así, se triunfará indiscutiblemente en nuestra lucha contra el fascismo y además se creará, por una consecuencia de la misma disciplina, el ejército de la revolución, capaz mañana de defender, contra iniciativas extranjeras la obra fecunda que nosotros ambicionamos realizar.

La unificación, pues, del proletariado español ha de tener en primer término la función indispensable de establecer esta disciplina para la acción de guerra y para realizar también en la retaguardia la acción vigilante, a fin de que en las fábricas, en los talleres y en el campo no se produzcan choques ni discusiones a órdenes dictadas por los ministros responsables en la dirección de la industria, del comercio, de la agricultura y de la guerra.

Hemos visto cómo obedeciendo a un imperativo pasional del momento se han colectivizado tierras, se han verificado incautaciones de fábricas y de talleres sin que, previamente, haya precedido a estas incautaciones el consejo cariñoso y razonable de los órganos que asumen la función rectora y dirigente del proletariado español.

Ahora la realidad nos demuestra que algunas de las incautaciones realizadas en el campo y en las fábricas no tienen sentido y precisan modificar la forma en que éstas se han efectuado.

Realizar esta transformación, corregir estos errores, no puede ser y no será labor de una organización sindical determinada, ni de un partido político. Estas modificaciones han de hacerse en virtud de acuerdos concretos adoptados por la

Coplas del día

Por LUIS DE TAPIA

¡Otra vez!

¡Otra vez la guerra roja y fratricida!...
¡Otra vez mi España dividida en dos!...
¡Por amor, nosotros, a una nueva vida!...
mientras ellos matan por amor de Dios!

¡Otra vez guerrillas por pueblos y aldeas;
otra vez facciosos y fascistas mil;
de nuevo su credo contra nuestra Idea;
de nuevo en los campos la guerra civil!...

¡No importa; era fuerza que el tiempo viniera
de arreglar el pleito por siempre jamás!
¡A la guerra todos!... ¡Será la postrera!...
¡Y saldrá una España, una, y nada más!

¡Una España grande que infunda respetos
a todos los pueblos; una España fiel...
sin vagos, sin curas, sin analfabetos...
sin ventrudas ranas de viscosa piel!...

Y ¡venga la guerra!... De una vez acabe
esta incertidumbre, esta indecisión...
Un rumbo o el otro lleve nuestra nave...
¡Guerra!... (Si no gozan de mejor razón.)

¡Ellos la quisieron! Y cumplido el plazo
en que se termine, justicia se hará...
¡Y no habrá un Vergara, ni habrá fuerte abrazo...
porque los abrazos se acabaron ya!
(Ellos la quisieron... ¡pues ellos allá!)

¡En pie!

¡Tal el estilo fué
de las frases sencillas:
«Antes morir en pie
que vivir de rodillas!...

¡Vivir bajo tutelas
de milites pandillas,
con sable y con espuelas,
es vivir de rodillas!...

¡Aguantar las tonsuras
de sucias coronillas,
sometido a los curas,
es vivir de rodillas!...

¡Escuchar el repique
con que en pueblos y villas
toca a muerto el caclaque,
es vivir de rodillas!...

¡Aceptar los jornales
para siegas y trillas
de tres o cuatro reales,
es vivir de rodillas!...

¡Y eso no!... «Pasionaria»,
de justicia encendida
y en frase lapidaria,
protestó de esa vida!...

«Pasionaria», con fe,
dijo en frases sencillas:
«Antes morir en pie
que vivir de rodillas!...

¡Y mi pueblo, al oír
frase de tal virtud,
en pie quiere vivir
y no en esclavitud!...

¡Pero no morirá
ni hará genuflexión,
sino que triunfará,
en pie, de la facción!...

¡Franco, entonces, será
quien se arrodillará,
pidiéndonos perdón!

C. N. T. y U. G. T., única manera de que nadie pueda hacer bandera política y personal de aquellas disposiciones que convengan aplicar al cuerpo social de nuestro país.

Repetimos que somos enamorados fervorosos de la unidad sindical, que damos a la consecución de esta idea lo más sentido de nuestra personalidad, pero que sepan todos, amigos y afines, compañeros y adversarios, que queremos llegar a esta unificación de las fuerzas proletarias para IMPONER una disciplina que obligue a todos, a los hombres de la Unión General y a los que militan en otras organizaciones políticas y sindicales, a una obediencia indiscutible a las órdenes del Gobierno legal de la República tanto en los frentes de batalla como en la retaguardia, y que no dejaremos un momento hasta ver convertida en realidad esta ilusión que impulsa nuestra vida de militantes socialistas.

(Del «Boletín de la Unión General de Trabajadores de España»).

TIPOS DE LA GUERRA

MOLA

En los primeros días de Febrero de 1930, las conversaciones, en tertulias y los comentarios de la Prensa, se dedicaban, con apasionamiento, a tratar el tema de la caída del Gobierno primorriverista y de su sustitución por el general Berenguer. Al anochecer de uno de esos días, entró en el despacho de Mola, a la sazón gobernador militar de Larache, su jefe de Estado Mayor, comandante Pedemonte, quien, cuadrándose, le entregó un despacho cifrado del Presidente del Consejo, junto con la clave. Puesto en claro el texto, se vino en conocimiento, ante la sorpresa de ambos, que el Gobierno le había designado Director de Seguridad.

Mola quedó perplejo. Se encontraba tan a gusto en Marruecos, gobernando a los moros, que el cambio de puesto le pareció cosa absurda. Pasó la noche en vela. El deber de todo militar, de aceptar los puestos para los que son designados, y su amistad incondicional al general Berenguer le decidieron a aceptar el cargo, y a la mañana siguiente, salió en un hidrocamión de Sevilla, tomando, aquella noche, el exprés para Madrid, a donde el destino le llevaba, como un instrumento para liquidar el régimen monárquico en España.

Durante toda su carrera, Mola fué un apéndice del general de los tristes destinos. Era un hombre «gafó» unida la suya a la mala sombra de Cambó y de Berenguer, produjeron el derrumbamiento final de la Monarquía. Por donde va Mola, la desgracia le sigue. Se ha puesto al frente del ejército mercenario, y por desastres se cuenta su actuación. El Estado Mayor germanoitaliano le designa para tomar Madrid. Reúne en Avila a los correos espiales extranjeros en los primeros días de noviembre a fin de decirles que en el breve espacio de unas horas, comunicaría al Mundo, con su emisora de campaña, desde la Puerta del Sol, la toma de Madrid. Y la capital se convierte en baluarte inexpugnable amenazando acabar, no solamente con los ejércitos extranjeros de la Península, sino con el fascismo internacional.

Alto de estatura, con cara de pocos amigos, moreno, pómulos salientes, grandes gafas que dan a su rostro aire inexpressivo y antipático, pasa, sin embargo, dentro del ejército, por ser un mediocrate estratega, con nativas condiciones para la intriga y la doblez. El general Berenguer lo utilizó con provecho, para la acción pacífica cerca de las cabillas en Marruecos. Allí aprendió el innoble oficio de comprar conciencias, manejar confidentes y acuñar el Instituto policiaco para conocer los secretos del adversario.

No había desempeñado ningún cargo civil. Su visita al ministro de la Gobernación, general Marzo, le dio ocasión para pisar, por vez primera, este departamento. Poco a poco fué familiarizándose con la política, y en un corto espacio de tiempo, constituyóse en figura preeminente y destacada del régimen monárquico, cuya custodia le entregó Berenguer.

Mola se creyó, de pronto, un hombre providencial y desde la

Dirección General de Seguridad montó un instrumento inquisitorial, a base de espías, que distribuyó cerca de las personas que trabajaban por el advenimiento de la República, y miento a miento, sabía cuanto pensaba en los círculos republicanos y sociales. Por eso el fracaso fué tanto mayor. Su sorpresa no tuvo límites cuando el 14 de Abril se proclamó, ante sus narices, la República que él no esperaba. Para justificar su desastre, escribió tres libros. El primer tomo lleva por título «Lo que yo supe»; el segundo, «Tempestad, calma, intriga y crisis»; y el tercero, «El derrumbamiento de la Monarquía». Con la ingenuidad y falta de discreción que caracteriza a los militares monárquicos, cuenta que sus confidentes, la mayor parte de ellos destacados republicanos, le daban noticias al momento, de la actuación del Comité revolucionario y de cuantos movimientos se preparaban, que de antemano sabía habían de fracasar.

Valiéndose de estas confidencias, escribió a Fermín Galán y a Alejandro Saucha, para convencerles de que se dejaran de «botaratas republicanas». Estas dos grandes figuras de la Revolución, ni siquiera le contestaron; siguieron su camino, y los dos, finalmente, murieron por la libertad. Cuando más seguridad daba Mola de que no ocurriría nada, mayores avances hacía la Revolución. Tenía como persona de confianza, al famoso policía Martín Bágenas, tristemente conocido por sus crímenes contra el proletariado. Este funcionario funesto, como Mola, para la causa del pueblo, fué utilizado posteriormente por la República.

Hemos de declarar que su optimismo tenía algún fundamento. La República no vino por la acción revolucionaria de sus jefes, que no la sintieron nunca, sino por el empuje popular. Se prolongó la República. Mola, que había terminado su actuación con los crímenes del Hospital de San Carlos, llegó a ser con el Borbón, una de las figuras más odiadas. La gente gritaba, alborozada, en Madrid: ¡Ya hemos echado a Mola!... pero Mola volvió. Tras unos días pasados en prisiones militares, su proceso se archivó. Tenía grandes amigos en la República; quizás los mismos que le servían de confidentes en la época de conspiración. El régimen popular le colma de honores y le entrega puestos de responsabilidad, al frente del Ejército. Nadie acierta a comprender, todavía, semejante traición. Mola escribe libros en plena República, censurando a sus hombres, que le producen mucho dinero. Nadie le molesta; todos le amparan y le protegen.

Pasa a Marruecos como jefe del Ejército republicano, y últimamente, el ministro de la Guerra, Casares Quiroga, le nombra general de la división de Navarra. En Pamplona se dedica sin recato a preparar el golpe de Estado militar, y al frente del Ejército sublevado a las puertas de Madrid, ha cometido la villanía de ordenar la destrucción de la ciudad, saciando de manera criminal los odios acumulados durante pasados años.

